

# Un libro para ellas

Bridget Christie

# Un libro para ellas

Traducción de Rita da Costa



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Titulo de la edición original:*  
A Book for Her  
Century  
Londres, 2015

*Ilustración:* foto © Idil Sukan

*Primera edición:* febrero 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Rita da Costa, 2017

© Bridget Christie, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7973-5

Depósito Legal: B. 1142-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para todas las mujeres de mi familia y para  
TODAS LAS MUJERES, así en general.  
Les guste o no.*

## INTRODUCCIÓN

«Fue el mejor de los pedos, fue el peor de los pedos.»

No era mi intención hablar de pedos en este libro. De hecho, mi intención era evitarlo a toda costa.

Me dije a mí misma: «Bridget Christie, intenta mantenerte alejada de los pedos en tu primer libro. Las cosas te van bastante bien desde el verano de 2013. Sin comerlo ni beberlo, te has convertido en una humorista solvente y aclamada por la crítica porque te has puesto a hablar de feminismo tras pasarte once años haciendo monólogos sobre vaguedades a costa de tu propia penuria económica y la abrumadora indiferencia de crítica y público. No lo eches todo a perder hablando de algo que provoca tanto rechazo y polémica como los pedos.»

Pero mi editora en Random House (que también publica el clásico superventas *Mein Kampf* de A. Hitler)\* ha insistido en lo de los pedos. Algo de razón lleva, la verdad

\* Mi editora me ha pedido que destaque el hecho de que su edición de *Mein Kampf* es una versión anotada, crítica y erudita. Todos los beneficios se destinarán con la máxima discreción a organizaciones benéficas e instituciones académicas. Ninguna parte de los mismos se destinará a financiar musicales de Mel Brooks.

sea dicha. Este libro no existiría siquiera si no fuese por un pedo en particular que salió del culo de un hombre bastante borde a las 17.20, hora de Greenwich, del 30 de abril de 2012.

El hombre borde no era Hitler, dicho sea de paso. Para entonces hacía bastante que estaba criando malvas y no tuvo nada que ver con lo de los pedos. Olvidémonos de Hitler. El único vínculo entre el dictador alemán y mi persona es que publicamos en la misma editorial. Nada más. Así que no os toméis la molestia de hurgar en mi árbol genealógico o de revisar mis primeros monólogos, porque no hallaréis ningún detalle comprometedor.

Dios, ojalá no hubiese sacado a colación el tema de Hitler, pero durante la sesión fotográfica para la promoción del libro alguien del departamento de diseño gráfico de Random House mencionó como de pasada que también habían publicado *Mein Kampf*. Yo hasta entonces no tenía ni idea, pero pensé que lo mejor sería mencionarlo de buenas a primeras para que nadie pudiera acusarme de ocultarlo adrede. No quería que un psicópata genocida se convirtiera en la comidilla del libro.

Quiero dejar claro que el hombre del departamento gráfico no se jactaba de que hubiesen publicado el mamotreto de Hitler. No es que dijera: «En Random House tenemos un catálogo estupendo y de lo más ecléctico, Bridget, así que estarás en buena compañía. Tenemos a Harper Lee, a Katie Price, a Hitler, a ti. Verás, he pensado que para la ilustración de la cubierta podrías salir sentada sobre Venus, mirando a Marte con gesto de perplejidad, como todos esos libros escritos por mujeres que se publican últimamente. Ante todo, queremos que los lectores sepan que este libro aborda el feminismo de una forma divertida y desenfadada, Bridget, como haces tú en tus monólogos so-

bre la condición femenina y las violaciones de los derechos humanos. Tenemos que asegurarles a nuestros lectores que no van a encontrar entre sus páginas fotos de hombres sometidos a terribles torturas, asfixiados con sus propias pollas mientras hordas de feministas contemplan la escena entre risas, poniéndose ciegas de cerveza, soldando metales y termoplásticos o jugando a los dardos con los penes embalsamados de hombres feministas que han pasado a mejor vida. Muchos de nuestros lectores no querrían leer un libro así. Somos una editorial con clara vocación comercial.»

El hombre mencionó lo de Hitler como un simple dato más. Luego cogió un puñado de uvas de un cuenco y se las comió. Yo acabé dándole la razón a mi editora en lo del pedo, aceptando que debería salir a relucir en algún momento de la narración por el papel decisivo que había desempeñado, pero sugerí no hacerlo hasta después de la página once, cuando me hubiese afianzado a ojos de los lectores como alguien muy distinto a Hitler y me hubiese ganado su confianza; cuando les hubiese demostrado que podía escribir sobre algo más que ventosidades. Con los monólogos pasa lo mismo, le dije a mi editora. Primero tienes que meterte al público en el bolsillo, y luego ya puedes hacer lo que te dé la gana.

—¿Incluso tirarte pedos? —preguntó.

—Sí. Incluso tirarte pedos —contesté.

—Ya veo —dijo ella.

—Los lectores —le expliqué a mi editora— aún no saben quién soy yo. No me he presentado como es debido. Lo ignoran todo de mí. No quiero que piensen: ¿Quién demonios es esta imbécil que vive obsesionada con los pedos? Este libro no irá sólo de pedos, ¿verdad? El humor escatológico me pone de los nervios. Espero que no sea una

versión en formato libro del musical *Cats*\* en la que los gatos y la música se han visto reemplazados por pedos y páginas.

»No quiero que piensen que soy de las que crían fama y se echan a peer, que lo mío es mucho ruido y pocas ventosidades o que para mí ha sido llegar y besar el pedo –dije–. Además, ¿qué pasaría si el Líder de las Mujeres, Jimmy Somerville, el de los Bronski Beat,<sup>1</sup> se enterara por el tantán del activismo feminista y la teoría posestructuralista de que este libro va supuestamente del feminismo y toda esta disertación previa sobre los pedos lo deja tan indignado y patidifuso que no pasa de la introducción y luego publica una reseña homicida en el *Spectator* con el titular «BRIDGET CHRISTIE NO ES UNA FEMINISTA, SINO UNA FLATULISTA CON PIEL DE FEMINISTA»?

»¿Y si esa reseña homicida pasa a ser lo primero que aparece en internet cada vez que alguien teclee mi nombre en un buscador? Pasa muy a menudo. Luego tu familia se convence de que te engañas y los engañas a ellos acerca de tu carrera, porque sólo ven las atrocidades que se dicen so-

\* *Cats* me sacó de mis casillas. Primero salió un gato y se puso a cantar, luego salió otro gato y se puso a bailar, y a continuación salieron dos gatos más y se pusieron a cantar a dúo. A la media hora me dije: Esto no irá sólo de gatos, ¿verdad? Llegué incluso a sospechar que uno de los personajes era un humano disfrazado de felino –Bonnie Langford, creo que se llamaba–, y sólo cuando se puso a cantar, y luego «marcó» las primeras cinco filas de la platea, me convencí de que era un gato de verdad.

1. La autora emplea aquí, y a lo largo de todo el libro, un recurso cómico consistente en fingir que confunde a Jimmy Somerville con Anniki Sommerville, eminente periodista y bloguera británica que escribe sobre maternidad, feminismo y belleza en periódicos y revistas. (*N. de la T.*)

bre ti en la red. Mi tía es monja y vive en California. Mi hermano, que también vive en Estados Unidos, le ha asegurado que las cosas me van muy bien. ¿Y si le da por buscarme en el ordenador del convento en compañía de otras monjas y se topan con la reseña homicida del Líder de las Mujeres, Jimmy Somerville, el de los Bronski Beat? No me queda más remedio que rezar para que el convento de mi tía no tenga acceso a internet. Yo soy irlandesa y católica. El cura de mi parroquia también sigue mi carrera de cerca. ¿Y si lee la reseña homicida y cree que sólo escribo sobre pedos? He ahí una charla que quisiera no tener. Lo mío me cuesta abordar el espinoso tema del aborto con él. Lo de los pedos seguramente sería la gota que colma el vaso. Me declararían persona non grata en el mundillo de los debates, charlas y conferencias sobre feminismo y también en la iglesia. Este libro se está convirtiendo en poco menos que una pesadilla –le dije a mi editora.

–No te preocupes por el Líder de las Mujeres, Jimmy Somerville, el de los Bronski Beat –repuso mi editora–. Tienes que dejar bien claro desde las primeras páginas que en este libro no aspiras a dar ninguna respuesta. Y menos aún a plantearlas. Este libro va a venderse en la sección de humor de las librerías, no en la de ensayo. Nadie va a pensar mientras lee este libro, no digamos ya con espíritu crítico, y si lo hacen es que te has equivocado al escribirlo. Nadie espera que seas la próxima Beauvoir, Friedan, Hildegard von Bingen. Basta con que no sea una mierda ni incluya un montón de fotos tuyas en las funciones teatrales del cole.

Sus palabras me hicieron sentir un poco mejor, pero seguía preocupada.

Los pedos ya me habían dado quebraderos de cabeza en el pasado. Reproduzco parcialmente una reseña del

monólogo que presenté en el Fringe Festival de Edimburgo de 2012, titulado *War Donkey*:

Si creen ustedes que una cinta que reproduce el sonido de las ventosidades es el no va más en materia de monólogos cómicos de calidad, es posible que disfruten con este espectáculo. De lo contrario, será mejor que se abstengan. Baste decir que la sarta de pedos es lo mejorcito del monólogo [...]. En un mundo que se toma en serio a las mujeres humoristas, es de esperar que de vez en cuando reciban una mala crítica sin que ello tenga nada que ver con el género al que pertenecen. Les aseguro que había ido a ver este espectáculo con la mejor de las predisposiciones, pero yo que ustedes no pagaría a Christie para recibir a cambio pedos y nada más que pedos.

*The List*

Sin embargo, me temo que estoy obligada a hablar de pedos, porque en abril de 2012 una ventosidad cambió el rumbo de mi vida para siempre. No fue un pedo privado, sino eminentemente público. Ese pedo es la razón por la que me han encargado escribir este libro. Mi modo de pensar sobre los temas más dispares, desde los yogures a las pinturas rupestres, pasando por la economía, el terrorismo, Jeremy Clarkson o el diseño del papel higiénico, se ha visto influido de algún modo por esa apocalíptica expulsión de gas intestinal. Ese meteorismo es el germen de todo lo que ahora pienso, hago y digo. Criaré a mis hijos según una serie de valores e ideales que defiendo como consecuencia de ese relajamiento de esfínteres. Ese reflejo anal me franqueó la entrada a las mismísimas entrañas del feminismo. Me vi catapultada desde la más absoluta y supina ignorancia de todo lo que rodea el feminismo al epi-

centro del discurso feminista británico moderno, y todo se lo debo a esa única y fétida ventosidad.

No habría recibido el Chortle Award de manos de Christopher Biggins de no ser por ese pedo. Ed Miliband no habría visto mi monólogo de 2013, *A Bic for Her*, en el Stand Comedy Club de Edimburgo, apoyado en una columna porque no quedaban asientos libres, de no ser por ese pedo. La doctora Helen Pankhurst, feminista y biznietta de Emmeline Pankhurst, precursora del movimiento sufragista, no me habría invitado a participar en un debate –junto a Jane Garvey, presentadora del programa *Woman's Hour* de Radio 4, la cantante Annie Lennox, la feminista y DJ de Radio 1 Gemma Cairney, la fundadora del fenómeno global «Everyday Sexism Project» Laura Bates y la defensora de la igualdad de derechos en Sri Lanka Jayanthi Kuru-Utumpala–, coincidiendo con el Día Internacional de la Mujer en 2015, de no ser por ese pedo. Tampoco me habrían invitado a actuar en Nueva York, Los Ángeles, Melbourne, Montreal o Rusia, ni en la fiesta de cumpleaños de Hugh Grant, de no ser por ese pedo. Naomi Wolf, ex asesora política y autora del superventas *El mito de la belleza*, defensora de los principios democráticos y principal portavoz de la tercera ola de feminismo, no me habría tomado por la mujer de Sandi Toksvig de no ser por ese singular y trascendental pedo.

De hecho, os voy a contar esa anécdota antes de entrar en detalles sobre el incidente del pedo. En marzo de 2013, en la inauguración del Women of the World Festival, y con el fin de promocionar dichas jornadas de reflexión, me invitaron a participar en una sesión fotográfica junto a Alice Walker, novelista galardonada con el Premio Pulitzer y activista política, Naomi Wolf (acabo de mencionarla, por si os habéis despistado), la escritora, presentadora,

humorista, actriz y productora Sandi Toksvig, la defensora de los derechos humanos Shami Chakrabarti, la escritora, humorista, actriz, periodista, productora y adalid de la salud mental Ruby Wax y la psicoterapeuta, psicoanalista, escritora y analista sociológica Susie Orbach, entre otras. Aquello me venía muy grande. Coincidí con varias de ellas en el interior del edificio mientras esperábamos a que las demás llegaran para subir a la azotea, donde tendría lugar la sesión fotográfica y donde nos pedirían que sostuviéramos unos paraguas rojos. Allí estaba yo, sentada en un sofá junto a Naomi Wolf, Sandi Toksvig y la mujer de Sandi, Debbie. Wolf, que había ido hasta allí para defender el papel de la mujer (como todas nosotras) y de paso promocionar su último libro, *Vagina*, me preguntó qué hacía yo allí. No lo hizo de un modo inquisitorial, me apresuro a añadir. No es que remaricara ese «tú» al formular la pregunta como si en realidad quisiera decir «¿Qué coño haces tú aquí?», sino que sentía verdadera curiosidad por saber a qué nos dedicábamos las demás.

Me las arreglé para farfullar de un modo vagamente coherente que no sabía por qué estaba allí, que alguien habría cometido un terrible error invitándome y que no quería salir en las fotos porque parecería una versión feminista de *¿Dónde está Wally?* Luego le conté que me dedicaba a escribir chistes sobre el feminismo, a lo que ella contestó con infinita amabilidad que Jude Kelly –directora artística del South Bank Centre y fundadora del WOW Festival– no me habría invitado si no tuviese algo valioso que aportar al debate, por lo que estaba segura de que los míos serían buenos chistes. Lo que no podía sospechar era que mi gran aportación al Women of the World Festival de 2013 era un pedo masculino. Y mi propia vergüenza.

Shami Chakrabarti, comendadora de la Orden del Imperio Británico y directora de Liberty, organización sin ánimo de lucro con sede en Gran Bretaña que lucha por la defensa de los derechos civiles, me oyó decirle a Naomi Wolf que era humorista y comentó que yo le parecía graciosa, y que tal vez fuera a ver mi actuación, pero lo dijo con una expresión tan impasible que no sé si estaba siendo sarcástica o no. En fin, el caso es que Naomi Wolf me tomó por la mujer de Sandi Toksvig, seguramente porque en ese momento estaba sentada al lado de Debbie, la mujer de Sandi. No sé cómo ocurrió, la verdad, pero era fácil equivocarse. Ni Debbie, la verdadera mujer de Sandi, ni la propia Sandi ni yo misma sentimos la necesidad de sacar a Naomi Wolf de su error enseguida, pues, a decir verdad, tampoco pasaba nada por que me tomara por la mujer de Sandi. De hecho, yo me sentía halagada y encantada de que Wolf me considerara lo bastante lista para ser la esposa de Sandi Toksvig, así que me dispuse a hacerme pasar por una mujer inteligente mientras me dejaran. Al final, sin embargo, tuvimos que sincerarnos y contarle a Naomi Wolf que yo no sólo no era lesbiana, sino que ni siquiera era feminista, sino una impostora. Bridget Christie, la Borat del Women of the World Festival.

Antes de que pase a comentar el pestilente momento en que me caí del caballo, me gustaría explorar siquiera de forma sucinta las complejidades y matices de los pedos y la acción de peerse. Es importante señalar que lo hago para que podáis comprender cómo un pedo llegó a convertirse en el elemento clave de mi biografía. Los pedos pueden decirnos tanto acerca de una persona como la in-

tención de voto o los hábitos de compra por internet, si no más.

Por cierto, si creéis que ya basta de pedos para un solo libro, debo decir que apenas he empezado a abordar la cuestión. Me permito recordaros que vivo condicionada por el pedo de ese hombre, sin posibilidad de escapatoria. Cada vez que mi gato expele una ventosidad me veo transportada de vuelta a ese fatídico 30 de abril de 2012, de vuelta a la sección de ensayo sobre la condición femenina, de vuelta al culo de ese borde, de vuelta al sexismo y la opresión de la mujer, y no tengo más remedio que revivirlo todo una vez más. Lo menos que podéis hacer es leer unas pocas páginas sobre el tema. Pero a lo que iba. Un pedo «público», la clase de pedo que uno suelta hallándose rodeado de desconocidos, es toda una afirmación. El pedorrero impúdico (en adelante, PI) decide de forma consciente no tener en cuenta la comodidad ni el bienestar de quienes se hallan en su inmediata cercanía, por lo que se considera superior a éstos. En realidad, está afirmando que su comodidad es más importante que la tuya.

El PI suele justificarse invocando la libertad de expresión y clamando contra el excesivo celo de la izquierda radical que domina la agenda política de la ONU y conculca su derecho a expeler gases: «¡No era más que una inocente broma con olor a metano!», «¡No señalaríais a un musulmán por tirarse pedos!». Para el PI, obligar a perfectos desconocidos a oler sus pedos es como cuando Jeremy Clarkson tuita una foto en la que sale dormido junto a un letrero que pone «Sarasa de mierda» mientras al fondo se ve a James May, junto al que presenta el magacín automovilístico *Top Gear*, desternillándose de risa. Para ellos, cosas como los pedos, el desayuno inglés y los letreros que ponen «Sarasa de mierda» son los que explican ese «gran» de Gran Bretaña.

El PI no se siente obligado a respetar la convención social generalmente aceptada de que tirarse pedos en público revela una falta de respeto hacia los demás y genera malestar. Lo que en realidad está diciendo es: «Yo soy mejor que vosotros y estoy por encima de vuestras normas. No comulgo con vuestras leyes izquierdistas y políticamente correctas. Oled esto, pringados. Ha salido de mi culo haciendo un ruidito de lo más simpático. A ver cómo os las apañáis para legislarlo.»

Sólo están exentos de respetar dicha convención quienes han perdido sus derechos más elementales. Podría decirse que tienen carta blanca en lo relativo al control de esfínteres. ¿Cómo vamos a protestar si un sin techo se tira un pedo en la calle? Al fin y al cabo, está en su casa. No hemos sabido asegurar su bienestar, así que ¿por qué iba a someterse a nuestra burocracia en materia de ventosidades? ¿Por qué iba a respetar las reglas de una sociedad que le ha vuelto la espalda? Sería interesante averiguar si en Escandinavia, donde existe un Estado del bienestar mucho más inclusivo y eficiente que el nuestro, tienen un problema con las emisiones anales inoportunas.

Para muchos, la experiencia del pedo no habría pasado de una anécdota desagradable, pero en mi caso fue el factor desencadenante de un despertar político. Un compuesto químico formado por nitrógeno, hidrógeno, dióxido de carbono, oxígeno y metano me abrió las puertas a la obra de Simone de Beauvoir. Para mí, ese absoluto desprecio por el bienestar ajeno no era sino una prueba más del calamitoso fracaso de las políticas sociales del actual primer ministro, David Cameron. El pedo de ese hombre, expelido en un espacio público, demostraba una flagrante ausencia de empatía hacia cualquier feminista que casualmente pasara por allí, o hacia cualquier persona que ca-